



Escritoras puertorriqueñas en el siglo XXI: creación y crítica

Ana Belén Martín Sevillano (ed.)

TINKUY **BOLETÍN DE** **INVESTIGACIÓN Y DEBATE** **Nº 18 – 2012**

© 2011, Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

ISSN 1913-0481

Yolanda Arroyo-Pizarro***Cómo se tejen macacoas, se amogollan avalanchas o se pintan caparazones
El proceso de creación en tres textos híbridos***

Siento que me amasa una estructura híbrida a la hora de crear literatura. Una mezcla, mescolanza, una zambumbia. Entro y salgo de la redacción de entrevistas, me zambullo al cuento y a la poesía, dialogo con los lectores entre reseñas, críticas y relatos ateístas para luego terminar en el ensayo literario y de opinión. Así concebí mis últimos tres libros: *La Macacoa, vivir la creación literaria* (2012), *Avalancha* (2011) y la novela *Caparazones* (2010).

Durante el pasado evento Feria Internacional de Libro de Guadalajara, fui también una autora híbrida: escritora presentando libro, poeta declamadora, jurado del Premio Sor Juana 2011, además de ser la primera puertorriqueña en haber pertenecido al distinguidísimo organismo que concedió a Almudena Grandes el laudo. En 2007 fui la única boricua incluida en el Encuentro Bogotá39, reconocimiento concedido por la Secretaría de Cultura de Bogotá y por la UNESCO, convocado por el Hay Festival de Londres. Me di absoluta cuenta que representar a mi país, era también representar a la mujer trabajadora, la maternidad, la Afrodescendencia y el sector LGTB, puesto que soy profesora, madre, negra y lesbiana. Más hibridez que esa, hay pocas.

Inicié la escritura vendiendo mis escritos por una peseta cuando cursaba el tercer grado, motivada por una maestra que desde el Kinder me hizo amar los libros y la lectura. Tengo marcas de la niñez ocasionadas por el abandono de una madre, y cicatrizadas por el constante recitar de El principito de Saint Exupery. Menstruo, concibo y doy a luz mestizaje puro hecho palabras, constructos entremezclados que a veces no caben en un solo género.

La macacoa

Durante los pasados cinco años he impartido talleres de narrativa, novela, poesía, autoficción, memoria y géneros híbridos a más de un millar de participantes que, a través de la creación literaria, encuentran respuesta a su mundo. He estudiado con ellos las diferentes técnicas de creación, un puñado dentro de la gran variedad de escuelas de pensamiento literario existentes, la integración de diferentes disciplinas del arte a la literatura, el desmenuzamiento de varios decálogos de escritores emblemáticos, la investigación de temas generadores, la correlación de tecnologías de publicación y difusión, las preferencias de los lectores, entre otros. Mis grupos han sido muy heterogéneos. Se han centrado en trabajar temáticas totalmente dispares enfocadas en la transgresión, en la sobrevivencia, en lo clásico, en la confesión, en la ficción, en la no-ficción, en lo moderno, en el exilio, en lo heteronormativo, en lo LGTB, en lo femenino, en lo masculino, en lo policial, en lo fantástico, en la ciencia especulativa, en lo infantil.

Yo misma recibo respuestas a mi mundo en estos talleres. De hecho, es esta la única manera que tengo para hacerme sentir terrestre o planetaria, trabajando el ejercicio de incluirme en la dinámica con ellos, como una alumna más. Abrazarme a sus energías, recibir su savia, sus experiencias. Los textos forjados a partir de nuestras reuniones, a partir de la publicación de los mismos a mi blog, o a sus blogs, o en online con herramientas como Twitter, en Facebook o incluso aquellos que pasan el cedazo editorial y llegan a formar parte de difusiones más formales como Revista Boreales, son

esencias que dan sentido a mi día a día, a mi vida, a mi respiración. Me siento con ello, por primera vez, acompañada. Confirmando que por fin hago sentido en el mundo y encajo, cuando leo e interpreto por ejemplo, noticias sobre la ablación, sobre Fukushima, sobre el abuso sexual que no mengua, que sigue en aumento. Me calma saber que puedo hallarme escribiendo narraciones y poesías traducidas desde esa interpretación dimensional. Me voy en catarsis con la ayuda de los participantes de mis talleres, futuros o probados escritores, canónicos o no, que pasan por mis manos y que me dejan, de modo recíproco, pasar por las suyas.

Cada sesión revela un nuevo texto, una nueva opinión, una nueva manera de pensar y pensarse, entender al de afuera y entenderse uno adentro. Se redactan las historias bajo la presión de traer la tarea terminada a la siguiente clase, o de traer la asignación fragmentada, iniciada o incluso a medias. Cada escrito es provocado por un ejercicio. Cada ejercicio ha sido diseñado por una regla de escritura de mi autoría, o en algunos casos heredada de un escritor fundacional.

La macacoa nación como un conjunto de reglas que servirían a mí y a otros, como brújula y atalaya para descubrir o seguir un camino. Son las reglas que han sobrevivido junto a mí con el tiempo, que han sido privilegiadas por ser las favoritas de los grupos de tallereos, que han perdurado y se han repetido a lo largo de nuestra huella dactilar escrita. Han demostrado ser de beneficio para la génesis de algún escrito más amplio (cuento, novela, poemario); han participado en certámenes y concursos, ganado o no premios e inclusive varias, la gran mayoría, son inéditas en papel, pero acaso una que otra ha visitado las virtuales miradas de lectores de internet desde mi blog.

Fueron escritas en octubre de algún año, entre París, Ciudad de Panamá, Madrid, Carolina y Cataño, Puerto Rico. Si algún iniciado en la escritura literaria me preguntara sobre qué debe escribir, cómo debe hacerlo, qué ejercicios recomiendo para practicar arduamente y hacernos menos principiantes, yo recomendaría seguir estas reglas que no están en orden cronológico, ni en orden alfabético, ni en orden relevante, solamente han sido dispuestas a la sazón para su uso y disfrute, para que puedan ser combinadas según el gusto de cada cual. Se puede escoger una sola, o diez, o veinte o todas. Son y no son autobiográficas, permitiendo una mayor mezcla. Y doy el siguiente consejo en lo que yo llamo, La Macacoa Inicial: «Si se quiere tener éxito real, de vez en cuando, preferiblemente cada veintiséis días, deberán ser puestas en práctica, de algún convencional modo, observando el cielo raso y festejando la llegada del asteroide B612, con background noise del grupo musical Calle 13. Y habrá que recordar solemnemente que escribir a diario y con disciplina, es lo único que puede salvarnos del tedio y de caer en las garras de los fundamentalistas, machistas y demás ístas.»

Avalancha

«Dedicado a las mujeres que no le pegan a otras mujeres.» Así lee la dedicatoria de mi libro de cuentos *Avalancha* en la página 7. Lo pensé mucho para escribir esas palabras porque quería olvidar el suceso provocador de una dedicatoria como esa. Ponerlo en papel definitivamente me lo traería a la memoria cada vez que hablara sobre el libro. Además, deseaba dejar atrás la experiencia lo antes posible.

Y es que resulta que me pegaron. A mí. Yo que me jacto de ser tan aguzada para detectar a priori quien puede o no hacerme daño. Sí, me agredió una mala, mala mujer que debió protegerme y cuidarme, pero que en vez me abofeteó con tanta fuerza que me lanzó al suelo. Por supuesto, la relación se disolvió después de eso.

Así que *Avalancha* es un libro que mezcla ocho cuentos. El primero, del mismo nombre, narra la reflexión en términos metafóricos de lo que sucede en medio de la ruptura romántica, cuando existe una agresión de pareja. Antes de ser incluido en la colección del mismo nombre, el relato fue seleccionado por la Universidad Autónoma de México (UNAM) para formar parte de la antología ganadora del Premio CANIEM 2010 que dirige la Dra. Rosa Beltrán. Las palabras del comité evaluador al notificarme que lo habían elegido fueron: “es un cuento tristísimo”.

Tristísima es también la vida para tantas mujeres que pasan esta o similares experiencias. Recibir la incompreensión de los allegados, de los funcionarios y de la policía es sal que se derrama sobre la herida, es decir, un detonante que empeora nuestra desolación y nuestra visión de mundo en un momento de tanta fragilidad.

Incluyo además en el libro, el cuento titulado “No pensarte”. Me lo hizo escribir la Dra. Mayra Santos Febres en el primer taller que tomé con ella en 2004. En 2001, justo luego de la caída de las Torres Gemelas, perdí al novio de mi infancia: Miguel Ángel. Justo como lo describo en ese cuento. Era su primera semana de trabajo en Los Molinos, allá en Amelia, por el lado de las barcazas en el área de Sabana. Mientras hacía su recorrido en el décimo piso, cayó por un hueco al vacío. Tenía 31 años. Toda su familia y sus allegados le lloramos mares. Escribir esa experiencia me ayudó con el luto.

También se incluye “Las ballenas grises”, escrito para un certamen argentino que gané, y que comenzó a posicionarme como narradora en la Isla. Trata sobre la amnesia senil que padece un hombre que abusó de su hija cuando ésta era pequeña. “Golpe de gracia” fue concebido en el 1998, el año en que parí a mi hija Aurora, pero lo pude escribir en el 2007 y fue el cuento que me lanzó al Bogotá 39. Trata de mi miedo a la posibilidad de perder mi hija. Paranoia cruda, porque pensaba que cualquiera iba a robarla. “Estallido de besos rojos”, otro de los cuentos, vino a calmar mi obsesión por la dismenorrea (menstruación dolorosa), la cual padezco desde chica y que ha sido protagonista de tantos otros textos de mi autoría. Así las cosas, se añaden los relatos “Borealis”, escrito en homenaje a la novela “Nadie me verá llorar” de Cristina Rivera Garza, y “Montar las olas” que destaca la cultura de violencia, el tema de Vieques y ciertos aspectos de cultura popular como lo son los videojuegos y el surfing.

Finalmente, el último cuento de esta colección que escribí fue “Asian Jelly” para la antología *Cachaperismos* 2010, un texto que describe sin mayores pretensiones el romántico acto de entregar y recibir un “beso prohibido”.

Caparazones

Soy ajedrecista, dominocista, rompecabecista, crucigramera, sudokuísta, jugadora de damas chinas, solucionadora de sopa de letras, jugadora de scrabble y de vez en cuando, descifradora de acertijos MENSA. Es decir, trabajo todo el tiempo con incógnitas y enigmas, y el diseño de la estrategia adecuada para resolverlos en mi cabeza. Escribí la novela *Caparazones* porque se me presentó como un jeroglífico que necesitaba ser descifrado. Mis textos los concibo en fragmentos regados y difusos. En ocasiones, incluso, así los escribo, reguereteados. Luego les voy dando claridad, forma consecutiva y le asigno un orden de capítulos, resultando que quizás el primero que redactó es el de en medio, y el último uno de los primeros. Entonces, para mí también es un disfrute, porque me voy dando cuenta, mientras escribo, de la historia. Frente a mí se va develando el *big picture*. Y es tan placentero.

De buenas a primeras quise escribir una historia que no se hubiera contado ya, sabiendo muy a mi pesar, lo difícil del entuerto. Y es que como escritora de carrera parto de la premisa de que ya todo se ha dicho y escrito. Es la manera en que se aborda un tema, lo que lo convierte en novedoso y hasta memorable. Quise diseñar un juego de enigmas que deconstruyeran un paradigma familiar a mis referentes, a mi entorno, a mi realidad de mundo que al final, es la de muchos. Lo marginal, lo tabú, lo transgresor casi siempre me brindan ese salvoconducto.

La tesis era: cómo se sale con la suya una mujer que desea tener dos familias a escondidas una de la otra. Aquello era un lugar exclusivamente resguardado y explotado por los hombres. ¿Qué había de nuevo en el mundo, que me permitiera transpolar dicha situación al papel de la mujer? ¿Cómo hacer que fuera ella la player, la jugadora de sudoku o de scrabble, con intenciones de salirse con la suya? ¿Cómo iba a lograrlo si deseaba que la mujer de mi novela fuera negra, puertorriqueña y lesbiana?

La respuesta la obtuve escribiendo *Caparazones*, novela lésbica puertorriqueña, escrita en la isla, en español y distribuida en España, México y dentro de poco en toda Latinoamérica.